

Eso no me causará novedad, dixe yo, porque la poesia ha llevado muchos á él. Mejor hubiera hecho Fabricio si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de Vmd. Entonces sí que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, quando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad, logró la aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al compositor. Imagínose otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré hacerle ver que dexaba la carne por correr tras de la sombra; arrastrado del furor de escribir no hubo forma de rendirse á la razón, ni de conocer su verdadero bien. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar las comisiones que le encargo, y á darme gusto en todo con ménos talento, pero con más juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del Hospital que hace á dos oficios, el menor de los quales le produce lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

Prosigue Gil Blas su viage, llega felizmente á Oviedo. Estado de su familia, muerte de su padre, y lo que sucedió despues.

Desde Valladolid nos encaminamos á Oviedo, á donde llegamos en seis dias sin la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los vandoleros, el oro de los pasajeros.* A la verdad, si hubieran oido el nuestro no habrian errado el golpe, y dos solos inquietos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones; porque en la Corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no era de humor de dexarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachin.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tío el Canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia encontrar quien me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian cuánto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haber

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

berme mirado el mesonero con la mayor atencion, al cabo me conoció, y exclamó fuera de sí: por San Antonio de Padua, este señor es el hijo del buen Escudero Blas de Santillana. Si por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apenas se ha mudado: tan espavilado como antes, y siempre con mas viveza que carnes. Paréceme que le estoy viendo quando venia á nuestra casa con el jarro á comprar vino para la cena de su tío el Canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dixé á la mesonera: señora María, no se puede negar que es Vmd. una muger de feliz recordacion, quiero decir, de felicísima memoria; mas por fortuna ¿no me dará Vmd. noticias de mi familia? Sin duda que mi pobre padre y mi pobre madre no deben de estar en la mejor situacion. Es esa tanta verdad, me respondió, que no podrá Vmd. figurárselos en estado mas miserable. El buen señor Canónigo Gil Perez está parálítico de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco; su padre de Vmd., que de algun tiempo á esta parte vive con el Canónigo, padece un asma ó una opresion de pecho tan furiosa que vive de milagro, y está continuamente entre la vida y la muerte; y su señora madre, que tampoco goza la mejor salud, se vé precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire Vmd. que vida. Asi que Asi que oí esta lastimosa relacion, la qual sin que yo lo pudiese impedir, me dió á conocer que



Llega Gil Blas á Oriado su Patria al tiempo que su Padre estaba en los últimos minutos de su vida

Grab.º

que era hijo, dexé á Beltran en el meson para guardar mi calesa y equipage, y acompañado de mi secretario Scipion, que nunca quiso separarse de mi lado, me transferí á casa de mi tío el Canónigo. Apenas me puse delante de mi madre, quando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma la hizo conocer quien era yo, aun antes de tener tiempo para exâminar y hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo, me dixo tristemente, echándome los brazos al cuello, ¿vienes acaso á ver morir á tu padre? Si es así, á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me tomó por la mano, y me llevó á un quarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre Escudero, estaba esperando exhalar en breve el último suspiro. Sin embargo, aunque rodeado ya de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dixo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en prenda de que se los perdonas te suplica le consueles echándole tu bendicion. Al oír esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fixólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba penetrado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la estaba bañando con mis lágrimas

ex-

16 *Las Aventuras de Gil Blas.*

exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para este lance, se affigió, sí, pero con moderacion; quizá me affigí yo mas, sin embargo de que jamás habia debido á mi padre la menor demostracion de particular cariño. Ademas que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese muy sensible, me acusaba yo á mí mismo de no haberle socorrido; y acordándome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio considerándome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitude, ó por mejor decir un verdadero parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra poco menos pobre cama, y en un estado lastimoso, me renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado (me decia con rubor) considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba antes de la prision, quizá lograrian con ello las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la Prebenda, y de esta manera acaso alargarias la vida de tu padre.

El buen Canónigo Gil Perez se habia vuelto ni más ni menos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él, y le tenia entre mis brazos diciéndole mil ternuras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi ma-

Lib. X. Cap. II. 17

madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme fixamente y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun quando la sangre y el reconocimiento no me obligáran á compadecerme de un tio á quien debia tanto, bastaria solo ver á qualquier extraño en tan triste estado para traspasarme el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas, y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia mi madre tendria muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darme alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le retiré á aparte, y le dixé: vete hijo á descansar al meson, y déxame aquí con mi madre, que acaso creeria estar demas un hombre que no conoce, en una conversacion, que naturalmente será toda sobre negocios caseros y de familia. Retiróse Scipion para dexarnos en libertad, y efectivamente entramos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dimos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi partida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las diferentes casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves, en cuyo asunto me confió muchas cosas que me alegré no las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo cosa reservada para él.

Verdad es, con licencia del respeto que debo á mi señora madre, que la buena muger era un sí es no es demasiadamente prolixa en sus relaciones, y pudo muy bien haber ahorrado las tres partes de su historia, suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion, y yo dí principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras; pero quando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me pareció conveniente extenderme un poco en este pasage. Confieso, señora, dixé á mi madre, que recibí con mala gracia al tal mozo, el qual por vengarse no dexaria de hablaros muy mal de mí. Así es, me respondió. Díxonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del Ministro, que apenas te habias dignado conocerle, y que quando te habló de las miserias que estábamos padeciendo, le oíste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre escusar á nuestros hijos, no pudimos creer que tuvieses tan duro y tan ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teniamos de tí, y la acaba de confirmar el dolor de que te vemos penetrado.

Me hace mucho favor, respondí yo, ese buen concepto que á Vmd. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Quando me vino á ver estaba em-

bri-

bríagado con mi fortuna, y la desmesurada ambicion no me dexaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallándome en esta disposicion no es de admirar que recibiese mal á un hombre rústico y sin crianza, que luego que me vió me saludó tosca y bestialmente diciéndome que habia oído como yo era un hombre mas rico que un judío, y que venia á aconsejarme que enviase á Vmds. algun dinero, respecto á que se hallaban en grande necesidad, y aun se atrevió á darme en cara en términos nada comedidos, con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Abochornóme el atrevimiento de aquel mozuelo aturdido, y cogiéndole por el brazo le eché á empujones fuera de mi quarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, y que debiera haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza, considerando que el consejo era bueno, aunque hubiese sido tan grosero el modo de dármelo.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mí al atolondrado mozo. Hizo la sangre su oficio, y me acordé de las obligaciones que tenia á mis parientes, avergoncéme de haber cumplido tan mal con ellas; remordióme mucho la conciencia, pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos remordimientos, porque inmediatamente los sufocaron la ambicion y la avaricia. Poco despues fui arrestado por orden del Rey, y conducido

C 2

pre-

preso al Alcazar de Segovia. Allí caí gravemente enfermo, y aquella afortunada enfermedad es la que á Vmds. les restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi encierro fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, no solo desprendiéndome de la Corte, sino poniéndome horror á ella. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á Vmd. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. Si Vmd. admite mi proposicion, la conduciré conmigo á una posesion que tengo en el Reyno de Valencia, donde espero lo pasarémos con toda comodidad. Ya podrá Vmd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en quanto sea dable con todas las posibles atenciones, el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo muy agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre, y sin duda alguna me iria contigo á no estar por medio algunas dificultades que me parecen insuperables. En primer lugar no puedo abandonar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso habiéndome criado siempre en este pais, irme á vivir á otro tan distante al cabo de mis años, pide gran consideracion, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debe-

bemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, le encargaremos á mi secretario, mozo de espíritu, de zelo, y sobre todo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras quando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntónos si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos hallábamós. Respondíle que llegaba muy á tiempo para encargarse de un negocio importante que pensaba encomendarle. Luego que se impuso de lo que yo le queria: basta, dixo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y Vmds. podrán seguramente fiarse de mí. Pero guárdate bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor ayre de pompa ó magnificencia: por modesto que sea nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero muy pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas miserable de lo que era, no por eso rebaxaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. El padre de un favorecido del Duque de Melar, y mas hallándose presente este hijo suyo, debe ser enterrado noblemente.

Parecióme muy bien este modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dixé no perdonase al dinero para ponerle
en

en execucion, reconociendo que con este motivo habia despertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este gasto por un padre que nada me dexaba, admirarian todos mi filial amor, y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte, á pesar de su gran modestia, dexaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos, pues, firma en blanco á Scipion para que hiciése lo que juzgase mas conveniente; y él sin perder tiempo partió á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasadamente bien. Celebráronse unas exêquias tan magnificas que indispusieron contra mí la ciudad y arrabales. A todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi vana ostentacion. Este Ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras quando muerto. En fin ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: quando salimos de la Iglesia, así á mí como á Scipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y la griteria de los muchachos, los quales siguieron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que

se

se habia juntado delante de la casa de mi tio fue menester que mi madre se asomase á una ventana, y asegurase á todos que estaba muy contenta de mí. No faltaron otros que corrieron al meson donde estaba mi calesa para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran executado si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos hombres furiosos, y disuadirles de tal intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornaron tanto, y me inspiraron tanta aversion á mis paisanos, que resolví salir quanto antes de Oviedo, donde, á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Dixeselo así á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo, viendo lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, la dixé, ya que Vmd. no puede abandonar á mi tio, ni eso sería razon, no debo insistir en que se venga conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus trabajos, deme Vmd. palabra de que luego que Dios disponga de él se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me restaren de vida, y vivir en mi pais con total independenciam. ¿Pues qué, señora? la repliqué

yo,

yo, ¿no vivirá Vmd. en mi casa con la misma? ¿No será Vmd. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda; te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra, por lo que ni ella ni yo podremos vivir juntas en paz. Vmd., la repliqué, se anticipa demasiado á prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté Vmd. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto, y á la voluntad de Vmd. Te obligas temerariamente á una cosa (repuso mi madre) que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar, que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia, no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla Vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soy del mismo parecer que Vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Así, pues, para que Vmd. y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere Vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposicion las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por

por el primer año, con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echára fuera de la ciudad como á San Estevan. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun, que habiendo hecho fortuna fuera de su país, restituidos á él, quieren figurar como sugetos de importancia.

CAPITULO III.

Parte Gil Blas al Reyno de Valencia, y llega en fin á Liria. Descripcion de aquella casa, cómo fué recibido en ella, y las gentes que allí encontró.

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quinze jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veía alguna que le parecia bien, me decia, alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.